

ACTUALIDADES

SEMANARIO ILUSTRADO

NUM 4

MADRID 12 DE MARZO DE 1908

AÑO 1



EL REY EN BARCELONA

Fot. Ballell

ASPECTO DE LA PLAZA DE CATALUÑA AL PASO DEL COCHE DE S. M. (X) Y DE LA COMITIVA REGIA, CUANDO SE DIRIGÍA DESDE EL APEADERO DE GRACIA Á LA IGLESIA DE LA MERCED, DONDE SE CANTÓ EL TEDÉUM

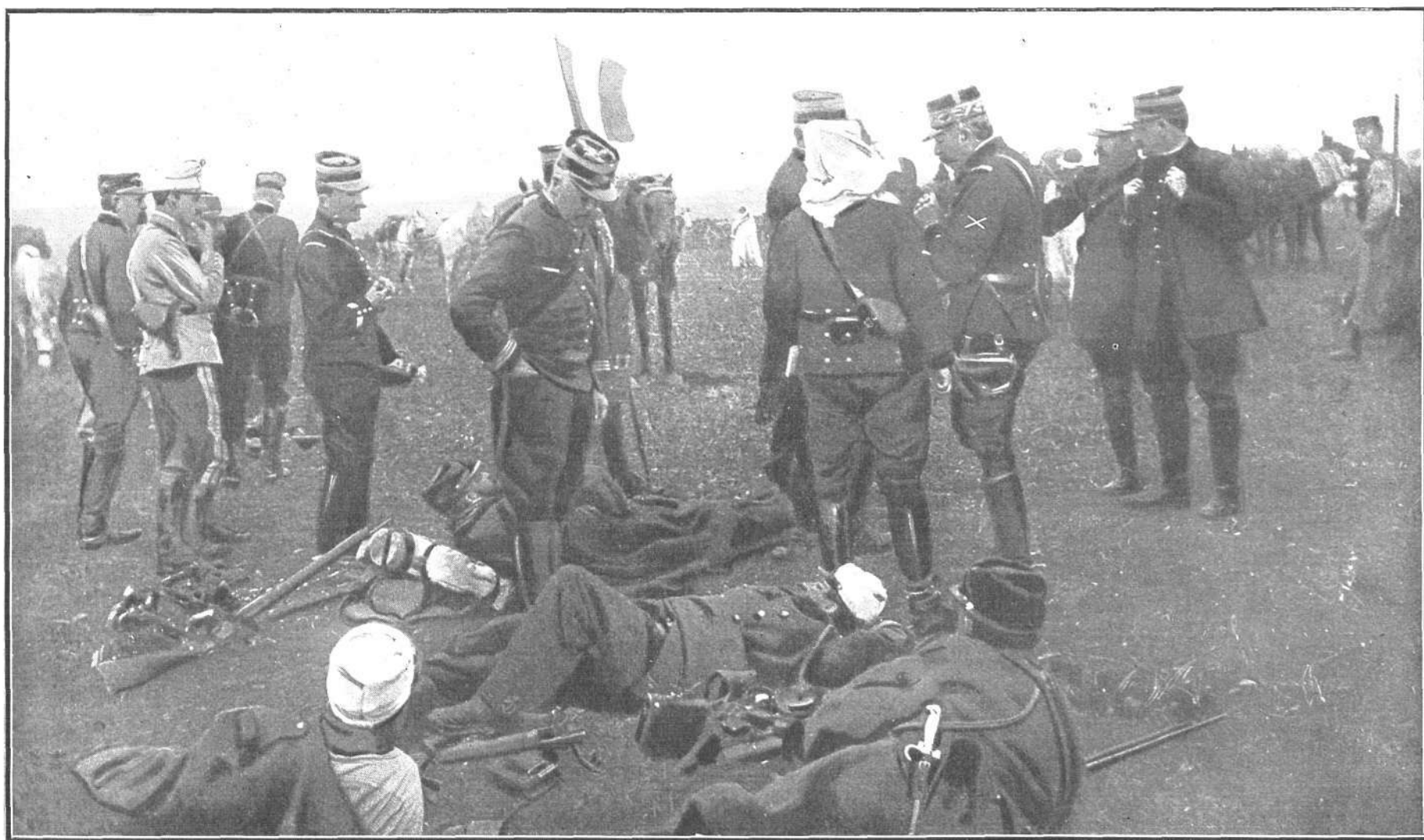
Los contratiempos sufridos por el Ejército francés que manda el general D'Amade en Marruecos han renovado el interés de actualidad de la campaña emprendida por la vecina República al otro lado del Estrecho. En las operaciones que dichas tropas realizan para lograr la pacificación de la Chauria, han sido más las veces que la ventaja estuvo de parte de los moros que las en que los franceses han podido considerarse vencedores. Durante no pocos días el cable ha comunicado noticias de combates y más combates, empeñadísimos todos, en los que el número de bajas francesas era considerable.

La batalla de Abd-el Krim, punto situado en el centro del país de los M'Dakra, los más guerreros de la Chauria y los más hostiles a Francia, ocasionó sensibles pérdidas a las tropas de D'Amade. Se había dispuesto el plan para apoderarse del país montañoso de los Mzab y los M'Dakra, atacándoles por tres puntos distintos al mismo tiempo. Pero el plan fracasó porque los numerosos contingentes marroquíes lograron envolver a las columnas mandadas por los tenientes coroneles Taupin y Bruland, ocasionándoles grandes pérdidas y obligando al primero a replegarse a Fedala después que hubo agotado sus municiones y dado siete cargas a la bayoneta contra los moros para poder salvar a los heridos de la columna y recoger



CONDUCCIÓN DE HERIDOS FRANCESES Á LA AMBULANCIA, Á LOMOS DE MULOS

LA GUERRA EN MARRUECOS



DESPUÉS DE LA BATALLA DE ABD-EL-KRIM. EL GENERAL D'AMADE (X) Y EL COMANDANTE GUTH, VISITANDO LOS HERIDOS EN EL MISMO CAMPO DEL COMBATE



HONEL (X), EL PRETENDIDO EMISARIO DE MULEY HAFID, VIGILADO POR UN PELOTÓN DE SPAHIS EN EL CAMPAMENTO DEL GENERAL D'AMADE

Fets. M. Rol

á los muertos, de cuyos cadáveres trata de apoderarse los marroquíes.

Después de éste hubo otro combate de importancia, que duró un día entero y costó sensibles bajas á los franceses. Fué en Souk-el Driu, donde los contingentes de los M'Dakra, formados por fuerzas de á pie y de á caballo, atacaron á la Caballería francesa, ocasionándola, según los informes de origen francés, 10 muertos y 23 heridos. A costa de grandes esfuerzos fueron rechazados los M'Dakra, contra los cuales las tropas de D'Amade tomaron inmediatamente la ofensiva, persiguiéndoles hasta una distancia de siete kilómetros del lugar del combate. Este, que había empezado á las ocho de la mañana, terminó ya de noche.

Durante la persecución sufrieron nuevas bajas las fuerzas francesas.

Por fin, el general D'Amade pudo acampar en Souk-el Driu, desde donde envió los heridos á Mediuna y á Casablanca.

Como si estos combates y otros más, librados en los últimos días, no bastaran para dar idea de la gravedad de la situación, la primera consecuencia de las operaciones á que nos referimos ha sido la petición de envío de refuerzos á Marruecos, petición que se trata de justificar afirmando que los formidables ataques de los M'Dakra y los Zaidia no se hubieran verificado si la Caballería francesa hubiese sido más numerosa, pues en este caso no la hubieran atacado.



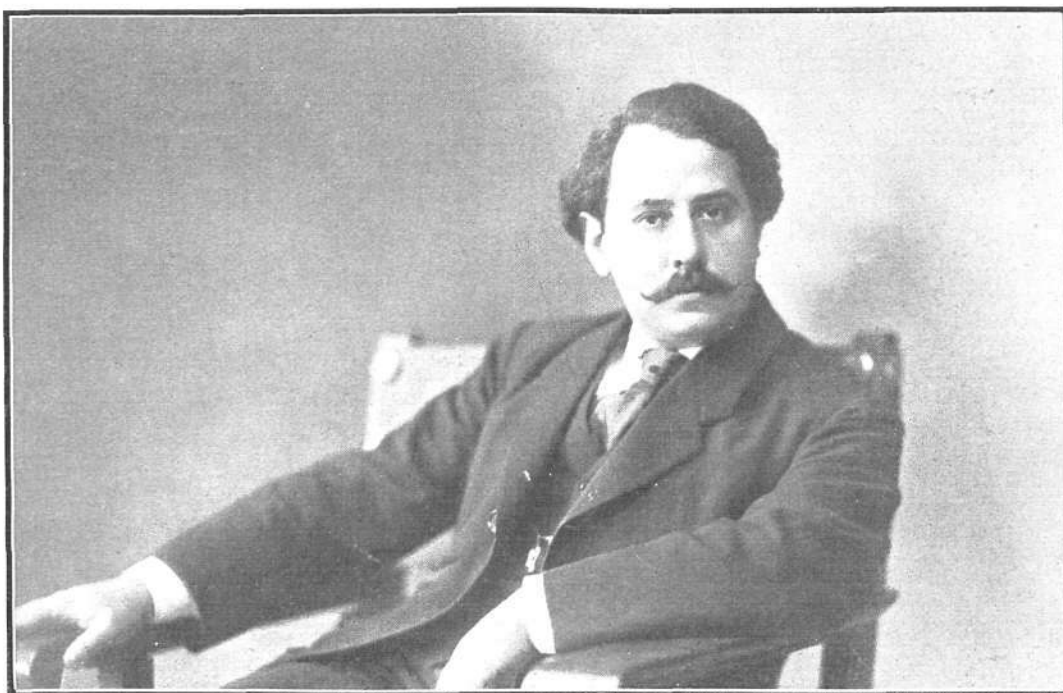
ESCENA FINAL DE LA OBRA. DE IZQUIERDA A DERECHA, DONA JIMENA, (Sra. Cancio); DOÑA ELVIRA, (Sra. Guerrero); EL CID, (Sr. Díaz de Mendoza); DONA SOL, (Srta. Bárcenas).
EL CID.—¡Aquí; venid, que ya es silla de reina! DOÑA ELVIRA.—¡Oh, moriré donde quise la vida!

Fot. Cifuentes

TEATRO ESPAÑOL. «LAS HIJAS DEL CID»

Unánime ha estado la Prensa en registrar como un gran éxito teatral el estreno del drama de D. Eduardo Marquina, *Las hijas del Cid*, verificado en el teatro Español. Consideran los críticos todos aquel drama como una excelentísima obra teatral y literaria á un tiempo mismo, que no son éstas, aunque lo parezcan, circunstancias que suelen presentarse juntas. Todos convienen en el acierto del señor Marquina al presentar la figura del Cid bajo un aspecto totalmente nuevo. Para intentarlo sólo se necesitaba audacia y talento, y como con ambos elementos propios del mérito, cuenta el Sr. Marquina, no podía dudarse de que el éxito más favorable premiara su labor.

El nuevo drama está basado en la leyenda que cuenta la dolorosa vejez de Rodrigo de Vivar y la desventura de sus hijas, víctimas de crueles ultrajes, con que sus esposos, los infantes de Carrión, buscaron venganza á pasadas injurias que el Cid les había infligido.



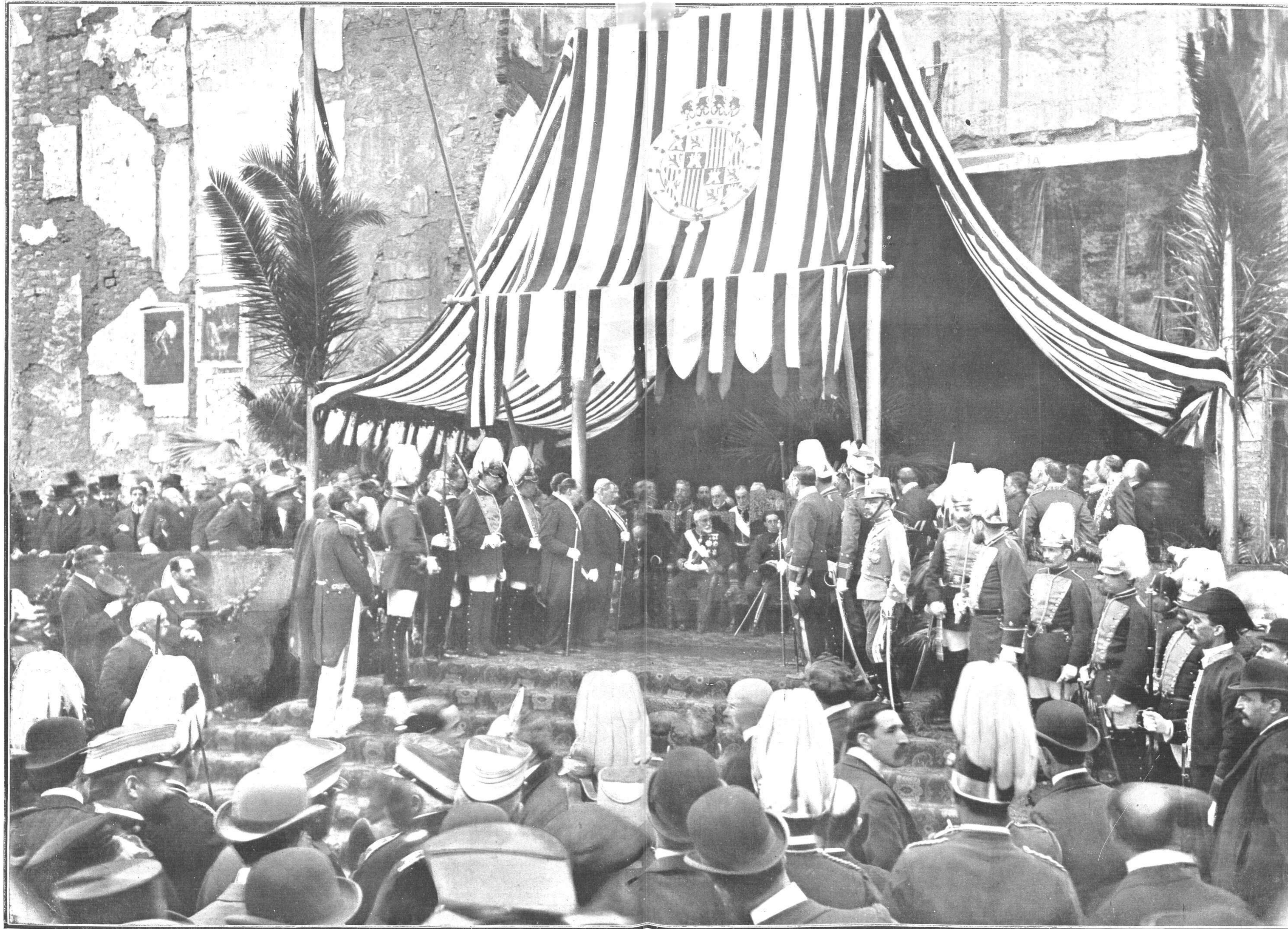
D. EDUARDO MARQUINA, AUTOR DEL DRAMA «LAS HIJAS DEL CID»

Fot. Compañy

Escritas en verso endecasílabo libre ó en romance, las escenas de la obra del Sr. Marquina interesan y conmueven al auditorio, tan numeroso como en la del estreno en las noches sucesivas.

Los aplausos al dramaturgo se confunden todas las noches con los muy entusiásticos que el público tributa á sus intérpretes, especialmente á María Guerrero y á Fernando Díaz de Mendoza. Este último los oye por duplicado, pues á él se dirigen también las palmadas con que el público premia la notabilísima dirección escénica de la obra y el lujo de la presentación. En esto, Díaz de Mendoza no conoce rival en España.

También merece elogios la labor inmejorable de los demás intérpretes, Srta. Bárcena, señoras Cancio, Roca y Salvador, y Sres. Codina, Palanca, Díaz de Mendoza (M.), Allens Perkin, Cirera, Díaz y Carsi, que pusieron todo su entusiasmo en el desempeño de sus respectivos papeles.



BARCELONA. REGIA INAUGURACION DE LAS OBRAS DE REFORMA INTERIOR DE LA CIUDAD

S. M. EL REY, EL PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS Y EL CARDENAL CASAÑAS EN LA TRIBUNA LEVANTADA EN EL SITIO DONDE SE INAUGURARON LOS DERRIBOS PARA ABRIR LA CALLE DE LA REINA REGENTE

Fot. Baller



LA NUEVA TIPLE DE OP RA SRTA. ANGELES GARCIA BLANCO
QUE HA DEBUTADO EN EL TEATRO REAL.

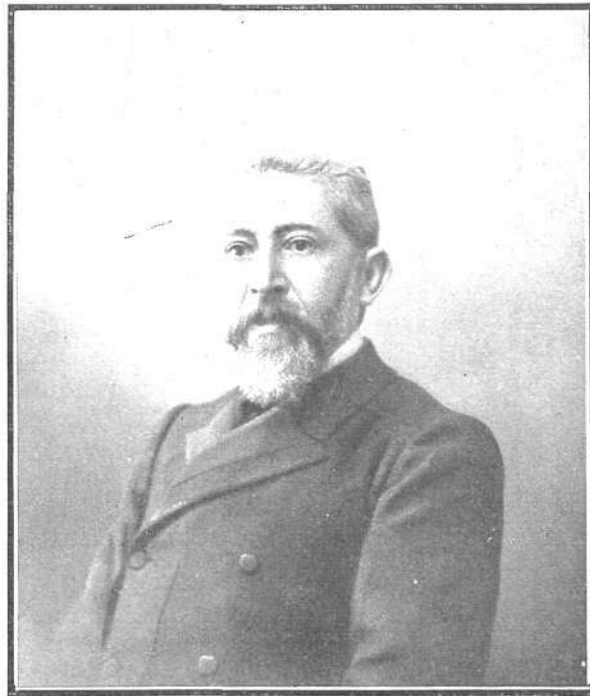
Fot. Kaulak

La alumna meritísima del Conservatorio, señorita García Blanco, cuyo retrato reproducimos con estas líneas, ha debutado en la primera escena lírica de Madrid, con la ópera *Lucia de Lammermoor*, consiguiendo un éxito de los más satisfactorios y merecidos.

Terminada la misión que le llevó á París, ha emprendido el viaje de regreso á su patria, pasando por Barcelona y viniendo después á esta corte, el enviado especial del Sultán de Marruecos, Sid-Mohamed el Mokri. También publicamos su retrato.



MOHAMED EL MOKRI, ENVIADO ESPECIAL
DEL SULTAN DE MARRUECOS



EL NUEVO ACADEMICO DE LA DE CIENCIAS MORALES
D. ELEUTERIO DELGADO Fot. Compañy

Con general aplauso ha sido acogida la elección de académico de la de Ciencias Morales y Políticas que acaba de recaer en el ilustre ex ministro liberal D. Eleuterio Delgado. Hombre de vastísimos conocimientos, mil veces demostrados, inteligencia clara, va por derecho propio á ocupar un sillón en la docta casa, que, al honrarle llamándole á sus tareas, se honra á sí misma.

D. Eleuterio Delgado ha desempeñado los cargos de director de la Compañía Arrendataria de Tabacos y ministro de Hacienda. Es una autoridad en asuntos económicos.



EL ARDENAL ANCHA, PRIMADO DE ESPAÑA, EN EL 50.
ANIVERSARIO DE SU SACERDOCIO Fot. García

Dos altas personalidades de la Iglesia ocupan lugar preferente en la actualidad de estos días: el cardenal Sancha, arzobispo de Toledo, que acaba de celebrar el quincuagésimo aniversario de su sacerdocio, siendo objeto de manifestaciones expresivas de respetuoso afecto, entre las cuales se ha hecho notar la de los Reyes, que le hicieron un regalo verdaderamente regio; y el arzobispo de Zaragoza, iniciador de la Exposición de Arte retrospectivo que va á celebrarse en aquella capital, certamen interesantísimo, del cual ha sido nombrado presidente honorario. A las gestiones del prelado se debe que la casa Real contribuya á la Exposición con un envío de siete millones de pesetas.

Cierra la presente página una curiosísima instantánea del cortejo fúnebre que recorrió las calles de Tokio con motivo del entierro de la madre de la emperatriz del Japón. Es una xota pintoresca por lo exótica, que muestra costumbres del imperio nipón. Llevada á hombros de sacerdotes, y precedida por uno de éstos que conduce el cirio sagrado, va la litera ó palanquín que contiene el féretro.



EL ARZOBISPO DE ZARAGOZA, INICIADOR Y PRESIDENTE
DE LA EXPOSICION DE ARTE RETROSPECTIVO

MISCELANEA DE ACTUALIDADES



TOKIO. SOLEMNES FUNERALES DE LA MADRE DE LA EMPERATRIZ DEL JAPON

Fot. A. Grue



BOLONIA. EL TRANSFORMISTA FRÉGOLI EN LA JAULA DE LEONES DEL DOMADOR MARCELO

FRÉGOLI Y EL DOMADOR MARCELO ENTRE LOS LEONES

EXCAVACIONES EN EL FORO ROMANO

Frégoli, el popular transformista tan admirado por el público madrileño, acaba de lograr en Bolonia un exitazo imponente, demostrando su valor al entrar, en compañía de un domador de leones, en la jaula de las fieras durante el espectáculo. Los leones trabajaron, como de costumbre, azuzados por el látigo del domador, mientras Frégoli permanecía encerrado con ellos en la jaula. A la terminación del emocionante ejercicio, el domador y Frégoli se bebieron una botella de *champagne* en la propia jaula, brindando por las señoras que había en el teatro.

Se había verificado sin previo anuncio la participación del popular transformista en el espectáculo, y esta circunstancia hizo que él número produjera mayor impresión, y que todos los espectadores temieran un final trágico para Frégoli. Los leones rugían fuertemente; y... Frégoli permanecía sereno, como si estuviese a la parte de afuera de la jaula.



BOLONIA. LAS RUINAS DEL TEMPLO DE JÚPITER STOR

Fot. Trampas

El célebre arqueólogo, profesor Boni, ha descubierto en las excavaciones que bajo su dirección se realizan en el Foro romano, unas ruinas interesantísimas: las del famoso templo de Júpiter Stator, cuya construcción data de los tiempos de Rómulo, el fundador de la ciudad eterna. Sábese que dicho templo fue destruido y reedificado después de la guerra contra los Samnitas. En él pronunció Cicerón sus primeras «catilinarias».

Bastan estos dos detalles, aun prescindiendo de otros muchos muy dignos de tenerse en cuenta, para comprender el valor que se concede a las ruinas recién descubiertas y la importancia que al descubrimiento atribuyen los arqueólogos del mundo entero. Hay quien las considera como las de mayor valor histórico de todas las descubiertas hasta la fecha, pues ellas contribuirán a facilitar los trabajos de reconstrucción de aquella edad que se dedican a sacar de nuevo a la luz del día, sabios ilustres.



BARCELONA. FACHADA DE LA CASA NUMERO 71 DE LA CALLE ANCHA, CON CUYO DERRIBO HA INAUGURADO EL REY LAS OBRAS DE REFORMA DE LA CIUDAD

BARCELONA. Á LA SALIDA DEL APEADERO DE GRACIA. EL REY, AL SUBIR AL CARRUAJE EN QUE HIZO SU ENTRADA, SALUDANDO AL PÚBLICO QUE LE ACLAMABA

VIAJE DE S. M. EL REY A BARCELONA

Todos lo reconocen; el reciente viaje de S. M. el Rey á Barcelona ha sido triunfal, totalmente triunfal para el joven Monarca. Con vítores y aplausos estruendosos fué recibido al llegar y salir del apeadero de Gracia; entusiásticas aclamaciones acogieron su paso por las calles hasta la iglesia de la Merced, donde se cantó el Te Deum; ovación ensordecedora le saludó al inaugurar las obras de reforma de la ciudad, cuya primera calle se llamará de la Reina Regente; siguióle el aura popular al trasladarse á la Capitanía general, y allí, concentrada, desatóse más grande, más atronadora la explosión de ¡vivas! y palmadas.

Fuélle preciso á D. Alfonso asomarse al balcón ante las demandas insistentes de la multitud, y cuando se presentó reprodujose la ovación. Los que la han presenciado cuentan que fué una de las más atronadoras, de las más entusiásticas y unánimes que ha recibido el Rey.

La primera jornada de su estancia en Barcelona terminó tan brillantemente como había



BARCELONA. EN LA CAPITANÍA GENERAL. D. ALFONSO Y EL SR. MAURA ASOMADOS Á UNO DE LOS BALCONES RECIBIENDO LA OVACIÓN POPULAR

comenzado, con el concierto de gala en el Liceo y la visita del Rey á los salones de la aristocrática Sociedad del mismo nombre, inmediatos al famoso coliseo barcelonés.

Recogidas quedan en estas páginas las notas gráficas más salientes de la primera jornada; por tales fotografías, mejor que por relato alguno hablado ó escrito, puede juzgarse de lo que ha sido la llegada del Monarca á la capital catalana y del entusiasmo con que han rivalizado todos para agasajarle y manifestarse agradecidos por la regia visita.

El recibimiento ha dejado reducido á una fantasía periodística el sentido del encabezamiento con que uno de los más importantes diarios parisienses daba cuenta del viaje del Rey.

Durante la estancia de Su Majestad allí ha habido explosiones efectivamente, explosiones que se podrían calificar de formidables; pero todas han sido de cariño, de entusiasmo por el joven Monarca. De ello debemos felicitarnos todos sincerísimamente.



ENTRADA DEL REY EN BARCELONA. PASO POR LA PLAZA DE CATALUÑA DEL GRUPO DE ESTUDIANTES QUE, LLEVANDO UNA BANDERA ESPAÑOLA, PRECEDÍA Á LA COMITIVA REGIA

Fots. Gai



—*Olvidáis que os debo una bala, pícaro asesino, porque vos sois el marqués de Saint-Maixent.*

LA MUERTA EN VIDA

PRIMERA PARTE

Continuación.

Escuchadme—prosiguió,—y comprended bien lo que quiero decir. Ya sé que si ahora nos empeñásemos en perseguir á ese miserable, no conseguiríamos nada. Gracias á su endiablada cabalgadura, estará ya lejos de aquí; pero, por muy vigoroso que sea ese maldito caballo, acabará por rendirse. Esta noche se tragará tal vez doce leguas, tal vez quince; pero cuando asome la aurora, su amo tendrá que darle algún descanso. Pues bien; es preciso encerrar al fugitivo en un círculo en que no pueda salir, y para esto es preciso que nos dispersemos, yendo cada cual por su lado: los caballos que se necesiten se embargan á nombre del rey; haremos tocar á rebato en todas las aldeas; armaremos contra el asesino, contra el monedero falso, contra el ladrón sacrilego, á los campesinos de toda la comarca, y le acosaremos con hoces y horquillas como si fuera un perro rabioso.

Un murmullo de aprobación saludó este corto, pero enérgico discurso.

—¡Ea, hijos míos, marchemos!—prosiguió el preboste.—Pero, ante todo, levantad ese caballo y cargadle el cadáver de nuestro desgraciado compañero; no sería humano dejarle toda la noche expuesto á las injurias de la tempestad, y tal vez á los ataques de los lobos, atraídos por el olor de la sangre. Yo me encargo de conducirlo á San Judas, donde se le enterrará en lugar sagrado, como corresponde. Mañana, á las ocho de la noche, nos reuniremos todos en la aldea de Mauriac, ese es nuestro punto de cita.

Una hora después, el preboste, llevando del diestro el caballo cargado con el cadáver, entró lentamente y con la cabeza inclinada sobre el pecho en el patio del mesón de *Las Armas de Francia*.

Todos estaban levantados, aguardando noticias. Al ver el muerto, que creyó al pronto era el marqués, Julia se estremeció de terror; pero tardó poco en conocer la verdad. Cuando supo que el fugitivo estaba sano y salvo, sintió una gran alegría.

La joven no participaba en manera alguna de la indignación general; á su juicio, no eran crímenes ni la huida del preso ni la muerte del soldado.

—¡Ha querido salvarse y ha conquistado su libertad!—se decía.—Le han atacado y se ha defendido. Nada más justo. ¿Quién en su lugar no hubiera hecho lo mismo...? Me ha prometido volver... ¿Se acordará de su

promesa...? ¿Le verá algún día...? ¡Ah! que vuelva ó que no, conozco que no le olvidaré jamás.

Fácilmente se comprenderá lo que experimentó la pobre niña al oír al preboste dar la orden de que fuesen á despertar al sacristán para que tocara á rebato y diese la alarma á toda la provincia.

—¡Ah!—exclamaba el preboste, cuya exasperación subía de punto;—por más que haga no se nos escapará. Maese Guillermo, necesito un buen caballo, el mejor caballo de la aldea; lo necesito en seguida. ¿Sabéis de alguno?

—En casa del tío Juan hay una yegua torda que no tiene rival en toda la comarca—repuso el posadero.

—Id, pues, ahora mismo á casa del tío Juan y decidle que se la embargo en nombre del Rey.

—Voy corriendo.

Maese Guillermo volvió al cabo de un cuarto de hora con la yegua pedida. Dionisio encargó al posadero que cuidase de todo lo concerniente al entierro de Santos, y montando á caballo, partió á galope.

La campana de la iglesia lanzaba al aire las lúgubres y amenazadoras vibraciones del toque de rebato. La tempestad se había alejado, los truenos resonaban ya á larga distancia, y el cielo empezaba á despejarse.

Mientras los jinetes del mariscalato galopaban en diversas direcciones, el marqués de Saint-Maixent, tendido sobre el cuello de *Djali*, continuaba su frenética carrera por en medio del campo, sin cuidarse de seguir los caminos, saltando fosos y vallados, cruzando selvas y llanuras, atravesando ríos y arroyos, no teniendo, en fin, otra idea fija que la de alejarse lo más posible de sus perseguidores.

Djali corrió de este modo por espacio de tres horas, sin desanimarse ni retroceder ante ningún obstáculo. Mas al cabo sucedió lo que había previsto Dionisio. La energía del noble bruto no tenía límites, pero sus fuerzas acabaron por agotarse; dos ó tres veces tropezó y estuvo á punto de caer, á pesar de la incomparable seguridad de sus pisadas.

El marqués comprendió que era preciso dar un momento de reposo á su fiel compañero, si no quería exponerse á perderlo. Además, en aquellas

tres horas había recorrido una distancia enorme, y por el momento no tenía que temer ningún peligro. Refrenó, pues, á *Djali* para ponerlo al paso, y cuando se secó el sudor que corría por todo el cuerpo del pobre animal, lo condujo á un arroyo que se deslizaba bajo una fresca bóveda de follaje y le dejó beber á su gusto. *Djali* lanzó un alegre relincho, como para indicar que recobraba su energía.

La aurora empezaba á teñir el horizonte con sus ricos matices, y el sol no debía tardar en levantarse sobre un cielo transparente en que no había quedado huella alguna de la pasada borrasca. Saint-Maixent dirigió la vista en torno suyo. Encontrábase en medio de una verde cañada, especie de anfiteatro natural circundado de colinas cubiertas de hermosa vegetación, detrás de las cuales se destacaban, cerrando el cuadro, las cumbres de algunas montañas pobladas de árboles seculares.

—¿Qué sitio es éste?—se preguntó.

Como había galopado durante tres horas sin rumbo fijo, y como, por otra parte, apenas conocía aquella comarca, no pudo darse una contestación satisfactoria. Era, sin embargo, para él de la mayor importancia el conocer el sitio en que se hallaba, pues no se le ocultaba la imposibilidad de continuar en lo sucesivo la vida vagabunda y aventurera que llevaba hacia ya algunos meses.

Casi por milagro había logrado salvarse de las garras de sus perseguidores; pero podía estar seguro que, si se dejaba prender de nuevo, tomarían todas las medidas imaginables para que no pudiera evadirse. No le quedaba, por lo tanto, más que un solo recurso; acogerse al castillo que habitaba su primo el conde de Rahon, y á fuerza de embustes, de hipocresía y de astucia, persuadirle de que, á pesar de todas las apariencias, no era culpable de ninguno de los crímenes de que le acusaban.

El conde de Rahon, lugarteniente general de los Ejércitos del Rey, y el propietario más rico de la Auvernia, era ya poderosísimo. Si el marqués conseguía ponerse bajo su protección, nada tenía ya que temer, pues una vez guarecido en las posesiones del conde, podía burlarse impunemente del lugarteniente civil y de todas las brigadas de Policía. Además, si lograba convencerle de su inocencia, solicitaría del Rey el perdón para su primo, siendo tal el crédito de que gozaba en la corte, que no era dudoso que lo obtendría.

Por consiguiente, la cuestión decisiva para el marqués de Saint-Maixent era llegar sin tropiezo al castillo de Rahon. Pero ¿á qué distancia se hallaba? ¿Cómo haría para salvar esa distancia?

XIV

Para encontrar la solución de ese problema era preciso interrogar á alguien, y, aun que el marqués quería evitar que se fijasen en él, fué forzoso hacerlo.

No lejos del sitio en que se hallaba, distinguió una alquería de buena apariencia, hacia la cual encaminó los pasos de su caballo. Próximo á la alquería había un grupo de árboles tras el cual se ocultó Saint-Maixent para poder observar sin ser visto.

Al cabo de algunos momentos vió salir de la casa á un aldeano que llevaba en la mano una gran escudilla de sopas y que se sentó en un poyo, junto á la puerta, para tomar su desayuno.

El marqués salió de su escondite y se acercó al campesino.

Alzó los ojos éste, le miró y demostró hallarse poseído de una sorpresa y un miedo inexplicables. Ya se disponía á echar á correr y volver á la casa, cuando Saint-Maixent, sin dejarle tiempo, le gritó:

—¡Eh, buen amigo! dos palabras.

El campesino se detuvo en el momento de ir á girar sobre sus talones, y como, á no dudarlo, su interlocutor era un noble, quitóse su gorro de lana, y le saludó con aire contrariado.

—¿Qué sitio es éste?—preguntó el marqués.

—El valle de Mollières.

—¿Cómo se llama el pueblo más inmediato?—prosiguió el joven, á quien ese nombre no sacaba de dudas.

—Issoire.

—¿Cuánto dista de aquí?

—Seis leguas.

—Y hasta Mauriac ¿cuánto hay?

—No lo sé á punto fijo; pero los que han llegado hasta allá dicen que hay lo menos quince leguas.

—Indicadme el camino mejor y más derecho para ir á Mauriac.

—¿Veis aquel campanario que está á la izquierda y cuya cruz reluce como si fuera de plata?

—Sí.

—Pues bien, ese campanario es el de Saint-Vial; por allí pasa el camino de Mauriac. No tiene pérdida.

—¿Atraviesa bosques el camino?

—¡Oh!, en cuanto á eso, perded cuidado; durante todo el camino no se sale de un bosque sino para entrar en otro; no hay que tener miedo al calor.

Estas contestaciones fueron dadas con un tono vacilante y cortado que chocó al marqués, así como también las miradas asustadizas que le dirigía su rústico cicerone.

—¿Qué es eso, buen amigo?—exclamó Saint-Maixent entre risueño y enfadado;—¿por qué diablos me miráis de esa manera? ¿Tenéis miedo de mí?

Al verse tan formalmente interpelado, el campesino hizo una mueca y balbució algunas palabras ininteligibles.

—¡Tunante!—exclamó Saint-Maixent, del todo incomodado ya.—¿Os estáis burlando de mí? ¿Pues cuidado, que no lo aguanto...! ¡Contestadme pronto! Quiero saber qué es lo que os asusta.

—¡La sangre!—repuso el rústico con un acento tal de repulsión, que el marqués no pudo menos de estremecerse.

—¡La sangre!—repitió.—¿Dónde está?

—En todas partes; en la cara, en el vestido; estáis lleno... No quisiera

faltaros al respeto; pero tanta sangre... cuando no se sabe de qué procede... da miedo.

El joven se quedó estupefacto durante algunos segundos, preguntándose lleno de asombro de dónde provenían aquellas manchas. Había olvidado que, en el momento en que Santos recibió el pistoletazo, la sangre que saltó de la herida de la víctima le salpicó. Las emociones y la precipitación de la fuga habían borrado de su mente aquel recuerdo, que volvió rápidamente.

—Verdaderamente, debo tener un aspecto repugnante—pensó el marqués.

Tras una corta pausa compuso su fisonomía, y con la sonrisa en los labios añadió en alta voz:

—Esto no debe inquietaros, buen amigo. No estoy herido, ó por lo menos mi herida debe ser ligera, porque casi no me incomoda; pero he tenido esta noche la suerte de escapar sano y salvo de un espantoso peligro.

El labriego no se atrevió á preguntar; pero pintóse en su semblante una expresión de viva curiosidad y abrió los ojos desmesuradamente.

—Figuraos—prosiguió el marqués—que, sin la visible protección del cielo, habría dejado de existir á estas horas.

Los ojos del campesino seguían interrogando; el marqués, que deseaba dar explicaciones ineludibles para no parecer en alto grado sospechoso, prosiguió:

—Caminaba de noche para evitar el calor del día; lleno de confianza en la buena fama del país, solté las bridas sobre el cuello de mi cabalgadura y la dejé marchar al paso á través de un bosque; de pronto saltaron sobre mí unos bandidos y me tiraron del caballo, para robarme y asesinarme después sin duda. Afortunadamente, tenía á mi alcance las pistolas; hice fuego; uno de los asesinos cayó mortalmente herido, y como estábamos fuertemente agarrados los dos, me salpicó de sangre. En aquel momento sólo pensé en salvar la vida; monté de nuevo á caballo, y partí. Con la prisa y la obscuridad he perdido el camino, y por eso os he preguntado dónde me hallaba.

Este relato no ofrecía nada de inverosímil; el rústico oyente del marqués pareció quedar convencido y satisfecho.

—¡Apostaría á que eran dos los ladrones!—exclamó después de haber reflexionado un instante.

—En efecto—repuso el marqués,—dos eran.

—Jóvenes, ¿no es verdad?

—Casi, casi estoy por asegurarlo.

—Uno de ellos tenía cabellos rubios y bigote retorcido como vos, ¿no es eso?

—La noche estaba muy oscura; pero, á la luz de un relámpago, he creído ver esos cabellos rubios y ese bigote de que habláis.

—Pues bien—exclamó el campesino dando una palmada;—si el que habéis muerto de un tiro es el de los bigotes largos, habéis ganado esta noche tres mil libras sin saberlo.

—¡Hola! ¿Tres mil libras, decís? Os agradecería muy de veras que me explicaseis cómo he podido ganar esa suma.

—¡Toma! es muy sencillo. Ese bandido es el que se cita en el pregón publicado de orden del señor lugarteniente civil, y que los soldados persiguen revolviendo cielo y tierra sin poder atraparle.

—¿Cómo se llama?

—¡Oh! es bien conocido; y, á menos que vengáis de muy lejos, le habréis oído nombrar de seguro. Se llama el marqués de Saint-Maixent; el otro tuno que le acompaña es su lacayo Lázaro.

—¿Y conocéis vos á ese marqués de Saint-Maixent?—preguntó el caballero, que permaneció impasible, sin que se notase en sus facciones la menor alteración.

—Nunca le he visto; pero si le viera le conocería.

—¿Sin haberle visto nunca...? Dificilillo me parece.

—No tanto como creéis. El otro día pusieron sus señas en la puerta de la parroquia de que depende mi casa; yo, por lo que pudiera suceder, le pedí al maestro de escuela que me sacase una copia, y la tengo aquí. Siempre es bueno... por si llega la ocasión de ganar las tres mil libras prometidas. Si queréis entrar os enseñaré el papel, y podréis al mismo tiempo quitáros esas manchas que os desfiguran.

Saint-Maixent vaciló; pero, comprendiendo que una negativa excitara las sospechas del labriego, decidióse á arrostrar el peligro.

—Acepto con mucho gusto—respondió;—pero ¿quién tendrá mi caballo, si yo me apeo?

—¡Miguel...! ¡Eh, Miguel!—gritó el aldeano.

Presentóse inmediatamente un chico de unos diez años, gordo y colorado, que salió restregándose los ojos, pues acababa de levantarse de la cama.

—Toma, chiquito—le dijo su padre,—sujeta el caballo de este señor, y sobre todo, cuidado con soltarlo, que habrá azotes.

El chico cogió resueltamente las bridas que le alargaba el marqués; éste entró en la casa y se encontró en una habitación bastante grande y muy limpia, que servía de sala y de cocina.

Una mujer joven y agraciada, con saya corta y los brazos desnudos, lavaba con agua fresca á otro chicuelo, de tres ó cuatro años, que protestaba con toda la fuerza de sus pulmones contra aquella limpieza matutina, perfectamente inútil, á su juicio. El singular aspecto de Saint-Maixent produjo en la mujer la misma sensación que en el marido. Soltó el chico y retrocedió con terror.

—¡Eh, mujer, no tengas miedo!—dijo el aldeano;—la sangre que cubre á este señor es la de un pícaro asesino, y, gracias á él, creo que no volveremos á oír hablar del marqués de Saint-Maixent.

—¡Dios lo quiera!—murmuró la mujer,—pues ya hace muchas noches que ni duermo ni sosiego pensando en sus fechorías. ¿Necesita algo este señor?

—Necesita que le des agua, y mucha, para lavarse y tomar cara de cristiano.

Mientras que la mujer colocaba sobre la mesa un gran barreño de loz blanca y lo llenaba de agua, el campesino señaló un espejito colgado en la pared, diciendo al marqués:

—Miraos, y veréis como no estáis nada guapo.

Saint-Maixent se acercó al espejo, y hubo de confesarse á sí mismo que su rostro sólo debía inspirar repugnancia y horror.

—Al lado tenéis también las señas de que os he hablado—prosiguió el campesino;—podéis leerlas; yo, por mi parte, las sé de memoria, y si por casualidad sigue con vida el marqués y pasa por aquí, os aseguro, á fe de Medardo, que llevará su merecido; precisamente tengo el mosquete cargado con ese objeto... ¿Qué queréis? Tres mil libras constituyen un buen capital... y yo no soy rico.

XV

Saint-Maixent volvió maquinalmente la vista hacia el rincón indicado por el labrador en apoyo de sus palabras.

Vió un mosquete muy viejo, con el cañón enmohecido y negro, pero con el gatillo limpio y reluciente.

A la vista de aquella arma, el joven sintió un estremecimiento en todo su cuerpo al pensar que se había metido en la boca del lobo; sin embargo, procuró no desconcertarse, y repuso sonriendo:

—¡A fe mía, sois un valiente! Me alegraré que ganéis las tres mil libras.

—Al saber el peligro que habéis corrido esta noche—prosiguió Medardo,—he supuesto en seguida que los dos bandidos debían ser el señor de Saint-Maixent y su criado, por varias razones.

—¿Cuáles?—preguntó el caballero.

—Nadie me quitará de la cabeza que ayer mismo he visto al bribón de Lázaro. Volvía yo del pueblo, con un saco en que traía el pan para toda la semana, cuando, en un recodo de una vereda, me encontré frente á frente con un mocetón que tenía todas las señas del tal Lázaro. Quise continuar mi camino, pero la senda era muy estrecha y mi hombre no se movía. «¿Qué lleváis ahí?», me preguntó señalando al saco. «Ya lo veis, llevo pan», le respondí. «Vendedme uno.» «No soy panadero.» «Entonces, dádme.» «Soy demasiado pobre para dar limosna, y, por otra parte, vos no tenéis facha de mendigo.» «Lo necesito, sin embargo; tengo hambre.» «Enfermedad fácil de curar. En el pueblo donde yo lo he comprado amasan para todo el mundo: id allá.» «No iré al pueblo y me daréis el pan.» «¡Ta, ta, ta!», dije yo burlándome. «¡Vais á dárme ahora mismo!», añadió mi hombre, sacando una pistola y apuntándome. Yo no tenía con qué defenderme y no quise exponerme á que me rompiera la cabeza por un pan de ocho sueldos. Abri, pues, el saco, tomé un pan y se lo arrojé al hombre, que lo cogió sin dar las gracias, y desapareció en un sitio de la selva donde no hubiera podido seguirle ni el mismísimo demonio. Habrá salido del bosque para reunirse con su amo. Me alegraré que le hayáis ajustado las cuentas; vuestra bala ha pagado el pan que me robó.

Mientras hablaba Medardo, Saint-Maixent, sin dejar de atender á aquel relato, zambulló la cabeza en el barreño lleno de agua é hizo desaparecer lo mejor posible las manchas de sangre, no sólo de su rostro, sino también de sus vestidos. Terminada esta operación se volvió hacia su huésped y, con la mayor naturalidad, le preguntó:

—¿Estoy mejor ahora?

—¡Ah! ¡Ya lo creo!—exclamó el campesino;—nadie os conocería; ahora parecéis verdaderamente un gran señor... Lo menos debéis ser marqués ó conde, ¿no es verdad?

—¡Diantre, amigo mío!, ¿cómo lo habéis adivinado?—repuso Saint-Maixent sonriendo.—Me llamo efectivamente el conde de Laurieres. Mi familia es del Velay, y puede ser que la hayáis oído nombrar.

Medardo respondió afirmativamente, pues el marqués había nombrado una de las familias más conocidas en el país; pero, al mismo tiempo, el campesino contemplaba al joven con particular atención, murmurando para sí después de ese examen:

—¡Es admirable; cómo se le parece! Nada le falta, ni siquiera el lunar encima de la boca... ¡Si fuese él, qué fortuna...! En fin, luego veremos...

Saint-Maixent no se sentía á gusto; las miradas del labriego, fijas en él con obstinación, le molestaban y le inquietaban; por otra parte, sabía ya todo lo que deseaba, había preguntado por Mauriac, porque el castillo de Rahon distaba sólo tres ó cuatro leguas de ese pueblo, y, una vez en Mauriac, le sería fácil dirigirse á casa de su pariente.

Por lo pronto, no tenía más que un deseo; deseo natural y legítimo, si los hay: alejarse cuanto antes de aquel hombre que sabía de memoria sus señas y que tanto ansiaba tropezar con el fugitivo, cuya captura ó cuya muerte podía reportarle 3.000 libras. El joven se había quitado el sombrero al entrar en la alquería; púsoselo de nuevo y, sacando del bolsillo una moneda de plata, se la alargó á Medardo.

—Me habéis hecho un favor—dijo;—aceptad esto y bebed á mi salud.

—No dejaré de hacerlo, señor conde; ¡muchas gracias...! ¿No quiere el señor conde descansar aquí un poco y tomar un bocado?

—No; tengo mucha prisa por llegar al término de mi viaje.

—Pues entonces, os deseo un feliz camino, señor conde. ¡Guárdeos Dios de encontrar en él á ese malvado marqués ó á su criado!

—Tanto peor para ellos si los encuentro—dijo el marqués.—Voy bien prevenido, y mis pistolas sabrán contestarles.

Estas últimas palabras fueron cambiadas en la puerta misma de la casa; el caballero tomó las bridas de *Djali* de manos del chico y montó á caballo.

Medardo le saludó otra vez, y volvió á entrar apresuradamente. Saint-Maixent se alejó al paso de su cabalgadura, con dirección al bosque.

El sendero que éste tenía delante serpenteaba entre una doble fila de sauces y avellanos, que servía de coto á los terrenos vecinos.

Medardo, cuyas sospechas habían ido en aumento, cogió su mosquete, salió de su casa por un postigo y corrió á emboscarse detrás del coto.

Una vez allí, separó las ramas con el cañón de su mosquete, se lo echó á la cara, y esperó. Saint-Maixent, siempre al paso, llegó junto á él.

—¡Eh, señor marqués!—gritó el aldeano,—olvidáis una cosa.

—¿Qué?—preguntó el caballero, deteniendo á *Djali* y volviendo maquinalmente la cabeza.

—Oividáis que os debo una bala, picaro asesino, porque vos sois el marqués de Saint-Maixent—repuso Medardo; y disparó, después de apuntar con cuidado.

Djali dió un bote, y sus piernas temblaron convulsivamente.

—¡Ah, traidor!—gritó el joven, disparando su pistola hacia el sitio en que vió el fogonazo.

En seguida, sin intentar asegurarse de si había atinado ó no, picó espuelas á su caballo, que partió al galope, dejando detrás de sí, sobre el polvo del camino, una huella rojiza. La bala destinada al jinete había dado en el cuello del noble bruto; un chorro de sangre brotaba bajo sus espesas y sedosas crines. Saint-Maixent no lo notó, y cuando, al cabo de un cuarto de hora de desenfundada carrera *Djali*, casi desangrado, perdió el vigor de sus movimientos, lo atribuyó sólo al exceso de cansancio de la noche anterior, y siguió espoleándole, pues quería llegar á un bosque que veía á corta distancia, único asilo en que podía guarecerse.

Djali pertenecía á esa raza de caballos á quienes sólo detiene la muerte. Hizo un supremo esfuerzo y prestó á su amo un último servicio, llevándole hasta el límite donde empezaba la secular arboleda del bosque: una vez allí, cayó para no volverse á levantar. Entonces fué cuando el marqués se hizo cargo de lo que ocurría. Lo que él había creído simple desfallecimiento, era la agonía.

El marqués profirió una espantosa blasfemia. Aquel corazón de bronce no derramó ni una sola lágrima sobre su fiel amigo; pero maldijo al cielo, que le privaba de él cuando más falta le hacía. ¿Qué suerte le esperaba ahora, perdido en la inmensa soledad de los bosques y teniendo que andar á pie más de veinte leguas para llegar al castillo de Rahon? No era aquél, sin embargo, el momento de entregarse á desconsoladoras reflexiones. Si Medardo no había sido herido, era seguro que iba á poner sobre su pista una tralla de aldeanos.

Urgía, ante todo, ponerse al abrigo de las primeras pesquisas y encontrar algún sitio seguro en que ocultarse hasta la noche. Saint-Maixent recogió las pistolas, que, aunque descargadas, podrían serle útiles en el caso de encontrar algún cazador furtivo que le vendiera municiones. Volvió la vista hacia atrás para asegurarse de que la campiña estaba desierta y de que nadie le perseguía, y se metió rápidamente por lo más espeso del bosque.

Hacia ya media hora que caminaba á la ventura, orientándose del mejor modo posible para no perder la línea recta que, según sus cálculos, debía guiarle á la aldea de Mauriac, cuando de pronto se detuvo, estremeciéndose, y prestó atento oído.

La brisa, que se deslizaba murmurando dulcemente entre las hojas de los álamos y las encinas, trajo á sus oídos el siniestro toque de rebato.

El ruido, al principio débil y apenas perceptible, fué creciendo por grados y multiplicándose. En vez de oírse en un solo punto, se oyó en dos, luego en diez, y por último llegó á formar como un semicírculo de ondas sonoras detrás del fugitivo. Aquel lúgubre clamoreo anunciaba la presencia del enemigo en la comarca.

Ese enemigo era él, Luis Sigismundo, marqués de Saint-Maixent.

XVI

Al oír la voz de las campanas que convocaba á las armas á todos los habitantes del país, el marqués experimentó un profundo abatimiento: se preguntó si valía en realidad la pena de defender su vida contra toda una provincia empeñada en quitársela. Pero aquel decaimiento fué tanto más corto cuanto más absoluto había sido, y no tardó en convertirse en una violenta reacción.

—¡Pues bien! ¡no!—exclamó el caballero, levantando la cabeza con aire de desafío.—Por más que hagan, no me prenderán. Lucharé contra todos ellos. ¡No se dirá que un hombre como yo se ha dejado vencer por esos animales, ni por la fuerza, ni por la astucia!

Emprendió de nuevo la marcha con paso firme y rápido, á pesar del cansancio que empezaba á apoderarse de él.

Durante dos horas prosiguió animosamente su camino, supliendo con su energía moral el desfallecimiento de sus fuerzas físicas; pero al fin empezó á rendirse. Las piernas del marqués flaqueaban; sus pies doloridos le hacían tropezar á cada paso; el hambre, y sobre todo la sed, le atormentaban horriblemente.

Muchas veces estuvo á punto de dejarse caer para descansar un poco, cualquiera que fuese el peligro á que le exponía ese retraso.

Resistió, sin embargo, á la tentación y continuó, diciéndose:

—Haré lo que ha hecho *Djali*, andaré hasta que caiga sin vida.

Por fin, la espesura se fué aclarando; Saint-Maixent desembocó en una explanada, en medio de la cual había un montecillo cubierto de piedras, de malezas y de multitud de plantas parásitas. Al pie de aquel montecillo brotaba entre masas de granito un arroyuelo, que formaba un poco más allá un pequeño estanque profundo y tranquilo.

La vista de aquella agua limpia y pura reanimó á Saint-Maixent; corrió al arroyo, sumergió en él la cabeza y bebió con ansia. En seguida empezó á trepar al montecillo, esperando encontrar allí el asilo que tanto necesitaba hasta la noche. El éxito justificó sus esperanzas. Antes de llegar al extremo de la eminencia, medio oculto por unos zarzales, vió un estrecho boquete que daba acceso á una pequeña gruta. Para entrar en ella había que arrastrarse; pero en el interior se ensanchaba y adquiría regulares dimensiones. Las paredes de esta gruta estaban perfectamente secas; formaba el piso una arenilla blanca y fina, sobre la cual yacían, á manera de asientos, algunas piedras caídas de la bóveda en época anterior.

El marqués penetró en aquel misterioso retiro, cuya posesión nadie podía disputarle. Empujando las piedras dispersas y amontonándolas á la entrada, consiguió sin mucho trabajo cerrar el boquete, cuidando sólo de dejar un pequeño hueco para que se renovase el aire.

Hecho esto, se tendió sobre la arena y se durmió, con uno de esos letárgicos sueños que un cañonazo no bastaría á turbar.

Mucho se prolongó el sueño, pues en el momento en que Saint-Maixent abrió los ojos, la noche estaba ya muy entrada.

El joven se levantó y sintió sus fuerzas casi del todo restablecidas; pero el hambre, exasperada por un ayuno de más de veinticuatro horas, había llegado á ser un verdadero suplicio.

El fugitivo quitó las piedras y salió de la gruta. La noche extendía su velo sobre el bosque; millares de estrellas que tachonaban la bóveda celeste, y la luna, que aparecía sobre la copa de una gigantesca encina, disipaban en lo posible las tinieblas.

Aquel solemne espectáculo, lleno de sublime poesía, era á propósito para elevar el alma hacia Dios. Pero el marqués no lo comprendía: si profería alguna vez su nombre santo, era para profanarlo con una blasfemia.

—¡Ah, cuánto sufro!—exclamó.—¡Daría un año de vida por un pedazo de pan!

Bajó de la eminencia, desgarrándose las manos en las matas de espinos á que se veía obligado á agarrarse; se dirigió de nuevo hacia el arroyo, donde bebió para engañar el hambre, y se puso en marcha con el firme propósito de no detenerse hasta el amanecer. Después de haber atravesado diagonalmente la explanada, se encontró en una especie de soto en el que había un camino abierto, que decidió seguir, con la esperanza de encontrar la choza de algún leñador que le vendiese un poco de pan. Pero la senda se prolongaba indefinidamente entre dos filas de árboles, sin que pudiera tener el gusto de vislumbrar ninguna choza.

De repente, una sensación imprevista embargó sus facultades y le hizo olvidar el cansancio y el hambre.

Acababa de oír, á diez pasos de distancia, el ruido característico que se produce al amartillar una pistola. Al mismo tiempo, una sombra surgió de detrás de un árbol, plantóse en medio del camino y, con voz áspera y enronquecida sin duda por el relente de la noche, gritó:

—¡Alto ahí, ó sois hombre muerto!

La primera idea que se le ocurrió al marqués fué que se hallaba en presencia de alguno de sus encarnizados perseguidores.

—Si son muchos, estoy perdido—se dijo;—si es uno solo, puede ser que consiga asustarle.

Y sacando del cinto una de sus inofensivas pistolas, la amartilló, como lo había hecho su desconocido agresor, y gritó á su vez:

—¡Paso, miserable, ú os salto la tapa de los sesos...! ¡A la una...! ¡a las dos...! ¡fuera de ahí...! En diciendo ¡a las tres! disparo.

—¡Voto al diablo, no disparéis!—repuso con viveza el agresor, batiendo acto continuo retirada.—¡Qué diantre! vos sois un valiente y yo también... podremos entendernos... ¡Cuidado, no disparéis!

Saint-Maixent no pensaba en tal cosa. Primero por la sencilla razón de que su pistola estaba descargada, y luego porque le había acometido un gran acceso de risa, á pesar de que la situación no era nada agradable.

—¡Por el infierno!—dijo al fin, cuando se hubo calmado su hilaridad;—¡no me equivoco! ¡es él, el mismo, el tuno de Lázaro en perso....

—¡Oh...! ¡ah...!—exclamó á su vez el lacayo con acento de alegre sorpresa.—¿Será verdad lo que veo, mejor dicho, lo que oigo...? ¿Sois vos, señor marqués?

—¿Quién ha de ser?

—¡Vamos, la alegría me ahoga! ¡Qué rara casualidad! ¡Qué feliz encuentro!

—Y, sin embargo, hubiera podido ocasionarte un disgusto, bribón, por intentar robar á tu amo—repuso Saint-Maixent.

—Como está tan oscuro, no pude conocer al señor marqués: éste es un sitio por donde no pasa un alma, y...

—Hay que vivir, ¿no es esto? Vamos, te perdono.

—El señor marqués es muy amable, y lo será más aún si me permite que le haga una pregunta.

—Te permitiré todo lo que quieras, pero luego. Ante todo, respóndeme: ¿puedes darme algo de comer? Me muero de hambre.

—¡Vaya si puedo! De comer y de beber. Tengo una despensa bien provista. Dignaos seguirme á mi casa, señor marqués.

—¡A tu casa!—respondió estupefacto Saint-Maixent;—¿tienes tú casa?

—Sí, señor marqués; una casita muy cuca para mí solo. Me instalé ayer mañana.

—Pues bien, enséñame el camino y despáchate, porque si no, creo que me voy á caer de debilidad.

—Está á dos pasos de aquí; tened la bondad de seguirme.

Lázaro echó á andar delante, y en menos de cinco minutos condujo á su amo á una especie de choza construida con piedras toscamente amontonadas sin argamasa. El techo estaba formado de cortezas de árboles y cubierto de paja. Entró, seguido de Saint-Maixent, sacó un eslabón y encendió un pedazo de madera seca y resinosa que, consumiéndose lentamente, hizo las veces de bujía.

La choza no encerraba mueble alguno. Tres piedras anchas formaban el hogar, y un montón de musgo y hojas secas servía de cama.

Veíase colgada de un gancho la mitad de un ciervo, y en un rincón, sobre un lecho de hojas verdes, se conservaba casi intacto un enorme pan moreno, un gran trozo de carne fiambre, un puñado de castañas asadas, y dos botellas que debían tener vino; cosas todas que regocijaban la vista de un hombre tan atormentado por el hambre como Saint-Maixent.

—¡Hermoso ciervol! ¿no es verdad, señor marqués?—preguntó Lázaro.—Lo maté ayer de un pistoletazo.

El joven no respondió; había cogido el pan y el asado y tragaba sin respirar ni interrumpirse más que para llevar á la boca el cuello de una de las botellas y echar sendos tragos. Lázaro le contemplaba sonriendo. Durante cinco minutos no se oyó en la choza otro ruido que el que producían las mandíbulas del marqués funcionando con admirable entusiasmo.

Poco á poco, sin embargo, se apaciguaron los primeros ímpetus del hambre, y la conversación se reanudó.

XVII

Me autoriza ahora el señor marqués para hacerle la pregunta que tengo atragantada desde hace un cuarto de hora?—dijo Lázaro.

—Interroga lo que quieras.

—¿Cómo es que el señor marqués se encuentra libre, á pesar de haber caído en las garras de los soldados?

Saint-Maixent contó en pocas palabras su evasión y sus aventuras, que arrancaron á su oyente gritos de sincera admiración.

—Explicame á tu vez—dijo el caballero—por qué extraña casualidad te encuentro en este bosque, donde tan lejos estaba de sospechar tu presencia.

—Nada más sencillo—repuso Lázaro.—Hallándome libre, afortunadamente, después de la prisión de mi excelente amo, y creyendo que el señor marqués, en su cualidad de noble, encontraría quizá medio de salir de aquel apuro, mientras que yo, pobre villano, no lo conseguiría, busqué mi salvación en la fuga, y tanto espoleé á mi jaco que, después de quince horas de marcha, tuve que abandonarlo en un ventorrillo; como había galopado sin dirección fija, procurando sólo guarecerme bajo la sombra protectora de los grandes bosques, llegué aquí, como hubiera podido llegar á cualquiera otra parte. La casualidad me hizo descubrir esta choza abandonada; parecióme que en ella podría, durante algunos días, vivir seguro; la idea ha sido buena, puesto que el resultado final de todo esto ha sido encontrar al señor marqués y serle útil. Mucho dudo que los soldados vengan á perseguirnos hasta aquí.

—Pues yo te digo que te equivocas, pobre amigo mío—repuso Saint-Maixent.—Mi presencia y la tuya en esta comarca son conocidas; nuestras señas corren de mano en mano, y en todas las aldeas convocan á la gente á toque de campana para que se lancen á perseguirnos. Al amanecer estarán aquí, no sólo los soldados, sino también los campesinos, que son aún más temibles, pues no hay accidente del terreno, gruta, escondrijo ó vereda, tanto en el bosque como en la llanura, que no les sea perfectamente conocido.

—¡Voto al diablo!—murmuró Lázaro consternado.—¿Qué va á ser de nosotros? ¡Ah, señor, estamos perdidos!

—Todavía no; te aconsejo que no pierdas el ánimo ni la esperanza—prosiguió el marqués.—A fuerza de astucia y de audacia podemos ganar la partida, por muy desventajosa que nos parezca ahora.

—¿Tiene el señor marqués algún plan de defensa?

—No puedo tenerlo, puesto que no sé de qué manera atacarán. Pero he formado un proyecto: llegar cuanto antes al castillo de Rahon, único sitio en que podremos estar seguros.

—¿Me hará el señor marqués el favor de llevarme en su compañía?

—Por supuesto. Has participado de mis trabajos y peligros; justo es, pues, que participes asimismo de la única tabla de salvación que me queda.

—¡Entonces, me considero ya salvado!—exclamó Lázaro, que pasaba sin transición alguna por las más opuestas alternativas de abatimiento y de esperanza.

—No te apresures á cantar victoria. El castillo de Rahon está muy lejos de aquí: dista veinte leguas.

—¡Veinte leguas no es nada! No sé qué secreto instinto me dice que llegaremos con felicidad.

—Tendremos que luchar con muchos obstáculos y muchos enemigos.

—¡Los venceremos! Estamos armados: ¡desgraciado del que se atreva á ponerse enfrente de nosotros!

—¿Tienes municiones?

—Sí, señor marqués; tengo pólvora y balas en abundancia.

—Dame la mitad y carga mis pistolas.

Después de ejecutadas estas órdenes, prosiguió el marqués:

—Creo que sería muy imprudente pasar aquí el resto de la noche. La cena ha restaurado mis fuerzas; vamos á ponernos en marcha ahora mismo. Tal vez las salidas del bosque no estén guardadas y aún podamos huir sin tener que luchar.

Acababa apenas Saint-Maixent de hablar, cuando se oyó á lo lejos un sonido ronco y extraño.

—¿Qué es eso?—preguntó el marqués.—¿Qué instrumento produce ese sonido?

—Es una especie de trompa de barro cocido, ó de cuerno, de que se sirven los pastores para llamarse en caso de apuro y reunir al ganado disperso entre las rocas ó en los pastos.

—No es ésta hora de que anden rebaños por ahí.

—Es cierto; no atino á explicarme la causa de ese llamamiento nocturno.

En el mismo instante se oyó un segundo toque parecido al primero, pero en opuesta dirección: el uno partía del Norte, y el otro del Sur.

A éstos sucedió un tercero, luego un cuarto, luego diez; poco á poco fué creciendo su número hasta oírse en todas direcciones.

—¡Maldita música!—murmuró Lázaro.

—Música siniestra, puesto que nos anuncia que el bosque está rodeado de ojeadores cuya caza somos nosotros—repuso Saint-Maixent.—Las aldeas se han armado al toque de rebato; mil campesinos armados nos cercan; irán adelantando y aproximándose hasta el momento supremo en que nos veamos cogidos en un círculo infranqueable de hoces y de horquillas; entonces, todo habrá terminado para nosotros.

—¿Cómol! ¿Ya se desanima el señor marqués?

—No; pero ¿qué podemos intentar dos hombres solos contra mil?

—¿No hablabais ahora mismo de ojeadores y de caza?

—Sí, ¿y qué?

—Que en muchas ocasiones, y esto lo he visto yo por mis propios ojos, se cree tener perfectamente cercado á un jabalí; de pronto se mete por entre las piernas de los caballos y toma tal carrera, que no se le puede alcanzar. ¿Por qué no hemos de hacer nosotros lo que hace un jabalí?

—Tienes razón; nunca está demás el intentarlo—repuso el marqués.—¡Ea, buen ánimo! ¡Adelante!

Los dos fugitivos abandonaron la choza, no sin que Lázaro tuviera la precaución de atarse á la espalda una especie de morral, en el que metió las provisiones que quedaban. El marqués echó á andar el primero y adelantó con paso rápido por la estrecha senda que debía conducirlos infaliblemente al circulo de exploradores, al que era preciso llegar antes de que fuera demasiado estrecho.

Continuará